

Comunicaciones

La lectura unamuniana de *Don Quijote de La Mancha*

Cristiane Agnes Stolet Correia
Universidade Federal do Rio de Janeiro

Resumen

El objetivo de la presente comunicación es pensar al personaje Don Quijote de la Mancha bajo la perspectiva de Miguel de Unamuno, a partir principalmente de sus textos *Vida de Don Quijote y Sancho* y *El caballero de la triste figura*, ambos en diálogo con el poema *Letanía de Nuestro Señor Don Quijote*, de Rubén Darío. De acuerdo con Unamuno, Don Quijote es el caballero de la fe, pero de la fe basada en la duda. Se pretende así rescatar el sentido de la fe quijotesca y profundizar la idea de la vida como sueño (ya presentada en la obra de Pedro Calderón de la Barca), adentrándose la noción unamuniana vital y comprendiendo la defensa del autor de hacer revivir lo quijotesco en cada uno.

Palabras clave: Quijote - Unamuno - fe - vida - sueño

El presente artículo busca pensar, en un primer momento, la noción de narrativa histórica por la perspectiva del pensamiento unamuniano para, entonces, adentrarse en la comprensión de la propia historia en la obra del autor y verificar esta concepción a partir del personaje considerado por Unamuno el instaurador del hispanismo, el más típicamente hispánico y, consecuentemente, el más universal.

Paz en la guerra es la primera narrativa escrita por Miguel de Unamuno, considerada por el escritor “tanto como una novela histórica una historia anovelada” (1999: 123). De ese modo, ya en su primera narrativa, *novela histórica* e *historia anovelada* pasan a ser vistos como términos afines. El hecho de la *historia* ser mantenida como sustantivo o ser adjetivada no implica una dicotomía, una oposición entre lo que es factual y lo que no lo es, sino ya garantiza el acercamiento entre historia, novela y vida.

Son varios los pasajes en la obra unamuniana donde la historia y la novela están asociadas, ambas como movimiento vital. Al caracterizar a Lenin, por ejemplo, en una de sus elucubraciones en *Cómo se hace una novela*, los términos *historiador* y *novelista* pasan a ser equivalentes.¹

La narrativa histórica y la historia narrativa se funden por el sentimiento trágico unamuniano, por el querer proseguir vivo. En el inicio de *Cómo se hace una novela*, la descripción del escritor ante el papel blanco simboliza la agonía del hombre ante su propia vida:

Héteme aquí ante estas blancas páginas —blancas como el negro porvenir: ¡Terrible blancura!— buscando retener el tiempo que pasa, fijar el huidero hoy, eternizarme o inmortalizarme en fin (...) tratando de derramar mi vida a fin de continuar viviendo, de darme la vida, de arrancarme a la muerte de cada instante. (Unamuno, 2009: 137).

¹ ““Cuando Lenin resuelve un gran problema” ha dicho Radek “no piensa en abstractas categorías históricas (...) piensa en los hombres vivos (...)”. Lo que no quiere decir otra cosa sino que Lenin ha sido un historiador, un novelista, un poeta y no un sociólogo o un ideólogo, un estadista y no un mero político.” (Unamuno, 2009: 138).

Como narrador, se vive, se hace historia. “Un modo de vivir la historia es contarla”. (Unamuno, 2009: 137). Por eso la persistencia unamuniana en narrar, en vivir su historia, buscando la permanencia de su vida individual y personal² en la historia.

Se enfatiza, por lo tanto, que al denominar su texto *Paz en la guerra* novela histórica o historia anovelada, Unamuno pretende romper con la barrera entre lo factual y lo ficcional, mezclando estas dos nociones en una: vida. Vida que, como tal, es sentida (de ahí el sentimiento trágico) y pensada (de ahí el sentimiento cómico), o sea, vivida. Vida, que es historia soñada.

Retomando más directamente *Paz en la guerra*, cabe decir que la tradición de estudios hispánicos siempre resaltó el carácter histórico de esta novela en oposición a las otras narrativas unamunianas. El autor reconoce modificaciones en su proceder. Sin embargo, decir que las novelas posteriores ignoran lo histórico es otra cosa, incluso porque se hace necesario, primeramente, entender lo que el autor nombra como historia. Escuchemos las palabras del autor con relación a su transformación en el narrar, encontradas en el prólogo de la segunda edición de *Paz en la guerra*:

En esta novela hay pinturas de paisaje y dibujo y colorido de tiempo y de lugar. Porque después he abandonado este proceder, forjando novelas fuera de lugar y tiempo determinados, en esqueleto, dejando para otras obras la contemplación de paisajes. (Unamuno, 1999: 123-124).

Se percibe, por lo tanto, que los dos procedimientos permanecen vivos en el autor. Con relación a sus novelas, éstas pasan a ser liberas de la localización espacio-temporal, al paso que otros textos suyos (como muchos ensayos) se mantienen ancorados en tiempo y lugar determinados. Esta aparente división se justifica por el deseo unamuniano, que se expresa con sus propias palabras: “hacerme en la historia, en mi España, y hacer mi historia, mi España, y con ella mi universo y eternidad” (2009: 139), lo que se refuerza en la insistente exclamación “¡Vivir en la historia y vivir la historia!”. (2009: 137). Hacerse / vivir en la historia, en España, presupone una localización espacio-temporal (inevitable), pero hacer / vivir la historia sobrepasa cualquier delimitación (ya que el hacer y el vivir en este contexto apuntan para crear algo). En las dos declaraciones, la composición de la frase se hace por dos oraciones. La primera frase se centra en el verbo *hacer* y la segunda, en el verbo *vivir*. Mientras en la primera oración de ambas las frases, los verbos son intransitivos, concluyéndose en sí mismos, pero seguidos de una locución adverbial de lugar, o sea, teniendo sus acciones localizadas; en las segundas oraciones, los verbos son transitivos directos, exigiendo un complemento para integrar los sentidos de sus acciones: no se trata de hacer o vivir solamente, sino de vivir la historia, de hacer la propia historia. Por lo tanto, el mismo verbo (tanto *hacer* como *vivir*) actúa de dos modos: como pleno verbo intransitivo es delimitado por un lugar específico, como verbo transitivo va directo (ya que es transitivo directo) a la historia para construir su sentido. Entonces la historia puede asumir tanto la delimitación de un lugar (y, consecuentemente, de un tiempo) como dar sentido al hacer y al vivir, o sea, a la vida. Pero, si a partir de los contextos mencionados, deducimos estas interpretaciones, ¿cómo podemos aliarlas? Vale buscar una dirección a partir del término “historia” en un diccionario de filosofía.

De acuerdo con Abbagnano (2007: 583), son cuatro los entendimientos básicos de historia: “1.o (...) como pasado; 2.o (...) como tradición; 3.o (...) como mundo histórico; 4.o (...) como objeto de la historiografía”.

La primera y la segunda acepción del término son eliminadas explícitamente por Unamuno: “la España histórica — no quiero decir la del pasado (...) y la historia, ya os lo dije, no es el pasado, no es la tradición. No es tampoco el progreso.” (1980: 62). Resta, entonces, la historia como mundo histórico o como objeto de la historiografía. A la noción de objeto se contraponen inmediatamente la de sujeto. ¿Entonces historia sería un objeto

² Vale destacar que Unamuno distingue individuo y persona. Él enfatiza que el individuo es el limitado por el cuerpo, es indivisible, señala como uno es visto generalmente por la sociedad; mientras persona apunta hacia lo ilimitado, hacia lo que admite múltiples divisiones, para lo que uno es internamente.

estudiado por un sujeto? ¿Pero limitar la historia a la condición de objeto no sería amputarla? Presuponer que el hombre es el sujeto que ve y analiza el objeto historia es separarlo de la propia historia. Si Unamuno quiere vivir en la historia y vivir la historia no puede estar separado de ésta, sino, al contrario, unido a ésta incondicionalmente.

Cabe, de esta manera, comparar la definición de Abbagnano de lo que coloca como tercer sentido de historia (la única que resta entre las presentadas por el estudioso) a la comprensión histórica por Miguel de Unamuno: "Historia es el *mundo histórico*, la totalidad de los modos de ser y de las creaciones humanas en el mundo, o la totalidad de la "vida espiritual" o de las culturas." (Abbagnano, 2007: 584).

La historia no es el pasado solo, no es la tradición, no es tampoco el porvenir, el progreso. La historia es el presente eterno. Y es el crecimiento íntimo, de dentro a fuera, el enriquecimiento del contenido espiritual. En la historia vive el pasado con el porvenir y engendrándolo en un presente eterno. Porque la historia es el espíritu y el espíritu es la creación. (Unamuno, 1980: 63).

Observando los dos pasajes, se percibe la similitud que hay entre las ideas presentadas, el uso mismo del vocabulario se hace similar, como, por ejemplo, la mención a lo espiritual y a la creación. Así, es necesario mirar más de cerca la definición unamuniana para entender como ésta dialoga con el *mundo histórico* resaltado por Abbagnano.

La historia no es pasado solamente porque el pasado aislado, como el nombre dice, remete a lo ya hecho, a lo consagrado, a lo que no puede ser mudado. Es, pues, en la conjunción pasado-porvenir que se engendra la historia como presente eterno. La imagen de algo entre dos espejos paralelos puede auxiliar en el entendimiento de la historia bajo esta perspectiva. Las imágenes que se proyectarán en este contexto son infinitas, no siendo posible ubicar ni un inicio ni un fin. Se acaba, así, con la visión lineal de la historia, la que pasa a ser reflexión, mundo en su incesante crearse.

Cada uno es en este instante la fusión de los reflejos entre lo que se vivió y lo que se quiere vivir. El espíritu histórico en esta perspectiva es movimiento continuo de actualidad permanente. "No queremos servir a la historia sino en la medida en que ella sirva a la vida". (Nietzsche, 2005: 68). De nada serviría a la vida un pasado enyesado, tampoco un ideal de futuro que nunca se alcanza.

Unamuno insistía en afirmar que quería vivir en la historia y vivir la historia. Relaciono el vivir en la historia a la reflexión incesante entre espejos, y el vivir la historia al conocimiento especular que crece íntimamente y se irradia. De la creación de imágenes a partir de los espejos paralelos, la generación de la historia como lugar delimitado; de la mirada interna de cada uno, del espejarse interiormente, de más difícil accesibilidad, la intrahistoria³, la historia como lo que dota de sentido el hacer y el vivir. A partir de la relación incitada por el querer unamuniano, se llega al personaje Don Quijote de La Mancha.

Varios son los estudios de Miguel de Unamuno dedicados a pensar la principal obra cervantina, entre ellos vale destacar el texto *Vida de Don Quijote y Sancho*, donde, después de una introducción denominada "El sepulcro de Don Quijote" y diversos prólogos (que van siendo añadidos a cada edición), el autor se propone a comentar cada capítulo de la novela de Cervantes. La introducción y los prólogos mencionados, juntamente con el texto *El Caballero de la triste figura* y los ensayos unamunianos "Quijotismo", "Glosas al «Quijote»" y "La causa del quijotismo" serán la base para presentar al personaje Don Quijote bajo la perspectiva del pensador español en cuestión.

La historia de *Don Quijote de la Mancha* tiene inicio cuando el hidalgo Quijada o Quesada resuelve autodenominarse caballero andante, ya con sus cincuenta años. Lo que él vivió antes no interesa al autor como descripción de un pasado, sino solamente como actualización en lo que él es en el auge de sus cincuenta años. De Quijada/Quesada nace

³ El concepto de intrahistoria aparece en varios textos de Miguel de Unamuno, pero la obra en la cual éste es más desarrollado es *En torno al casticismo*.

Don Quijote, aquél que se pone a camino con el objetivo de salvar el mundo y ganar fama, o sea, que desea vivir su historia como caballero andante y vivir en la historia, permaneciendo en la memoria de los pueblos venideros.

Unamuno declaró diversas veces que los personajes son hijos del autor, o más: que son el propio autor. Por lo tanto, la declaración del escritor en *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* podría estar fácilmente en la boca del *Don Quijote* unamuniano, considerando que Miguel de Unamuno se apropió del personaje cervantino, recreándolo:

El universo visible, el que es hijo del instinto de conservación, me viene estrecho, esme como una jaula que me resulta chica, y contra cuyos barrotes da en sus revuelos mi alma; fáltame en él aire que respirar. Más, más, y cada vez más, quiero ser yo, y, sin dejarlo de serlo, ser además los otros, adentrarme a la totalidad de las cosas visibles e invisibles, extenderme a lo ilimitado del espacio y prolongarme a lo inacabable del tiempo. (2004: 67-68).

El señor Quijada/Quesada no se satisfacía con el pequeño espacio en el cual estaba acomodado ni con tan poco tiempo que le quedaba. La lógica de la visibilidad humana ya no le era suficiente. Necesitaba adentrarse “a la totalidad de las cosas visibles e invisibles” y, para tanto, tenía que buscar sobrepasar los límites de su existencia. Antes de hacerse caballero andante, lo visible ya clamaba por lo invisible. *Alonso el Bueno* empezó a sentir la necesidad de alimentar la propia imaginación, de autodenominarse otro para sentirse más a sí mismo, se desdoblaba, así, en lo invisible a los ojos ajenos. De este desdoblamiento, surge *Don Quijote de La Mancha*.

Motivado e inspirado por las lecturas que hacía, por la propia fuerza poética sentida, se puso a caminar dispuesto a ampliar su visibilidad, a abrir su horizonte, a actuar en la necesidad, a confiar en la posibilidad de la mudanza y a ser insistente. Primero partió solo, pero aconsejado a buscar a un escudero (así como los demás caballeros andantes), acató la recomendación y, al reiniciar su jornada, pudo hacerlo al lado de Sancho Panza.

De modo general, se suele enfatizar la locura del protagonista de modo jocoso, oponiéndolo, incluso, a su escudero Sancho Panza. Mientras el primero simbolizaría lo ideal, el segundo representaría lo material. Pero esta comprensión es demasiado sencilla, sofocando el clamor humano-poético. Si Sancho Panza representase únicamente el materialismo y el realismo, ¿por qué seguiría a un presunto loco? La promesa de una isla por parte de alguien sin cordura no podría ser tomada en serio. “En rigor apenas se diferencian los locos de los cuerdos, sino en que éstos piensan las locuras de aquéllos, pero ni las dicen ni las hacen.” (Unamuno, 1952: 596).

Es cierto: Sancho Panza ni habla ni actúa como su amo. Le falta una mayor dosis de la “generosa locura” (Unamuno, 1952: 593), pero eso no quiere decir que él simbolice la materia, lo real, que no tenga en su íntimo un poco de la locura quijotesca. Don Quijote tampoco es solamente un loco desvariado, él también preserva la “egoísta cordura de Alonso el Bueno”. (Unamuno, 1952: 593).

En el ensayo “El quijotismo”, Unamuno retoma el capítulo LVIII de la segunda parte de la obra cervantina para comentarlo, centrando su atención en el siguiente pensamiento quijotesco: “Ellos⁴ conquistaron el cielo a fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza, y yo hasta ahora no sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos.” (1952: 591).

La duda momentánea del personaje revela la “egoísta cordura de Alonso el Bueno”. Solamente un hombre prudente se permitiría el cuestionamiento acerca de una relación consecutiva / final. Para éste, se trabaja para conquistar algo. Y, si no se sabe lo que es conquistado, ¿para qué trabajar? El hombre sensato razona: el esfuerzo de mis trabajos debe valer una recompensa. Si desconozco esta recompensa, tal vez sea porque ella no exista. Así, de nada valen mis trabajos. La no consciencia y la incertidumbre de Don Quijote

⁴ El pronombre “ellos” se refiere a: San Jorge, San Martín, San Diego Matamoros y San Pablo.

acerca de lo que conquista desestabiliza su fe. De ahí la fe quijotesca estar basada en la duda.

Una fe que no fuese cuestionada no merecería ser llamada fe, ya que no habría sido probada. Una fe basada en la duda camina lado a lado con la esperanza: no se prende a certezas, pero tampoco descarta la posibilidad del acontecimiento. De ahí la denominación unamuniana de Don Quijote como *caballero de la fe*, aquél que cabalga en la oscilación de su propia fe.

Sin embargo, como siempre, el momento pasa. De este modo, la cordura de *Alonso el Bueno* se oculta y reaparece la “generosa locura”. Don Quijote se encuentra “enredado en unas redes de hilo verde”. “Así, cuando más ensimismado estás en meditar la vanidad de la locura del esfuerzo de tus trabajos, verdes redes te vuelven al fresco sueño de la vida”. (Unamuno, 1952: 593). La esperanza vuelve a enmarañar a nuestro héroe, que recupera su capacidad de soñar.

Si el sueño puede ser considerado como “la actividad primitiva del pensamiento” (Turcke, 2010: 51) y la locura es lo que nos introduce en las verdes redes de los sueños, es necesario un nuevo *elogio de la locura*, de esta vez de fondo quijotesco, ya que el balance primitivo es la cuna del propio pensamiento.

Grande fue la locura de Don Quijote, y lo fue porque era grande la raíz de que brotaba, ese inextinguible anhelo de sobrevivirnos, que es el manantial tanto de los más desatinados desvaríos como de los más heroicos actos. (Unamuno, 1952: 599).

De la profundidad de la raíz de la locura quijotesca pueden brotar actos heroicos, acciones valerosas. El puro sentido de cordura no permite quitar los pies del suelo ni para lanzarse rumbo al abismo ni para volar en la amplitud, la sensatez solitaria fija, paraliza, permanece en lo estanco. El heroísmo necesita locura. Pero de una locura que sea de dentro afuera. Para dar las manos a la generosa locura, es necesario reconocerse para engendrarse, soñar para vivir el sueño. Es lo que aún hace *Don Quijote de la Mancha*, pudiendo ser llamado héroe universal. “Héroes son éstos que viven y pelean y guían a los pueblos a la lucha, y en ella los sostienen, no menos reales y vivos que los de carne y hueso, tangibles y perecederos.” (Unamuno, 1945: 75).

Don Quijote prosigue instigándonos, convocándonos a la obra. Él “supo decir a relleno sentido: ¡Yo sé quién soy!” y debe “enseñarnos a cada uno (...) quién somos (...) que cada cual ha de adorar su yo y para poder adorararlo hacerlo digno de adoración”. (Unamuno, 1980: 15).

Quesada/Quijada, adentrando en su yo, se descubre, se mejora, se crea en Don Quijote. Su persona y su individualidad son reconocidas por sí mismo y su querer es lo que lo mueve. Haciendo de su yo historia (en un movimiento egotista,⁵ partiendo del reconocimiento y del mejoramiento interior para la actuación en el mundo), también hace historia de la nación. Nación viene de nacer, y si un pueblo hace la nación, este pueblo debe ser formado por “yos”, por hombres que viven sus historias personal e individualmente. De los nacimientos humanos conjuntos se construye una nación. Que el trabajo quijotesco no paralice por la risa, sino instigue a cada uno a ponerse en marcha, a luchar como caballeros andantes. “Ponte en marcha, solo. Todos los demás solitarios irán a tu lado, aunque no los veas.” (Unamuno, 2005: 35). De ahí la fuerza de la afirmación unamuniana de que “Cervantes nos dio en 1605 la Biblia del personalismo individualista español” (1980: 15). La asociación de Don Quijote a un Jesucristo español es muy válida. Jesús también salió solo y aún hoy conquista a seguidores. Así como Jesucristo, Don Quijote salió a pregonar, no

⁵ Unamuno opone egotismo a egoísmo. Mientras el primero se relaciona al verbo “ser”, el segundo conjuga el verbo “tener”. Una persona egotista, a partir de lo que hace de su ser, actúa, o sea, parte de un trabajo interno, de un hacerse historia, para actuar en el mundo, esto es, en la historia. Un egoísta, sin embargo, quiere traer todo lo que existe fuera para sí, quiere poseer y dejar sus posesiones guardadas, encerradas. Diría que la historia no le interesa a un egoísta, ya que el hacer y el vivir no forman parte de su mundito ilusorio construido solamente por posesiones.

hablando del reino de Dios, sino del reino de los hombres mismo, haciendo de su propio actuar oración. Su ansia de inmortalidad reside en el propio sentimiento trágico típicamente hispánico: “La sed de sobrevivir ahogó en Don Quijote el goce de vivir.” (Unamuno, 1952: 599). Pero si su generosa locura ahogó su goce vital, nos dejó enseñanzas primorosas: “Santifiquemos nuestra intención y quedará santificado el mundo, purifiquemos nuestra conciencia y puro saldrá el ambiente. Las ajenas intenciones están fuera de nuestro influjo.” (Unamuno, 1952: 592).

Sabiendo que Unamuno insiste en mezclar y confundir las nociones de personaje y persona, llegando incluso a decir que *Don Quijote de La Mancha* existió y existe con mucho más fuerza que Miguel de Cervantes (claro: aquél continúa obrando hasta los días actuales en cada uno de sus lectores, mientras éste no nos dice mucha cosa con su persona), cabe traer a nuestras vidas las enseñanzas dejadas por este extraordinario personaje-persona.

Que aprendamos con la fe admirable de Don Quijote y, así, hagámonos y hagamos nación. ¡Que el hispanismo universal instaurado por Don Quijote inspire a nuevos Quijotes! Si la declaración unamuniana aún se aplica hoy de que “*Don Juan vive y se agita, mientras Don Quijote duerme y sueña, y de aquí muchas de nuestras desgracias*” (Unamuno, 1978: 105), mudemos esta historia, despertando el espíritu quijotesco que hay dentro de nosotros y lanzándonos como seres temporales/trágicos en la permanencia de la historia. ¡Que nuestra intrahistoria se convierta en historia! De ahí el rescate con toda su potencia del hombre dormido en cada uno de nosotros.

Que la *Letanía de Nuestro Señor Don Quijote*, escrita por Rubén Darío, encuentre eco en nuestras vidas:

Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos los caminos
con el paso augusto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra las conciencias
y contra las leyes y contra las ciencias,
contra la mentira, contra la verdad...

Bibliografía

- Abbagnano, Nicola (2007). *Dicionário de Filosofia*. São Paulo: Martins Fontes.
- Darío, Rubén. *Letanía de Nuestro Señor Don Quijote*. Disponible en <<http://bib.cervantesvirtual.com>>
Acceso en 05 agosto 2011.
- Heidegger, Martin (2008). *Estancias*. Valencia: Pre-textos.
- Nietzsche, Friedrich (2005). *Escritos sobre historia*. São Paulo: Loyola.
- Türcke, Christoph. (2010) *Filosofia do sonho*. Ijuí: Ed. Unijuí.
- Unamuno, Miguel de (2009). *Cómo se hace una novela*. Madrid: Cátedra.
- (2004). *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*. Buenos Aires: Longseller.
- (1945). *El caballero de la triste figura*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.
- (1980). *Ensayos y artículos*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- (1978). *Mi religión y otros ensayos*. Madrid: Espasa-Calpe.
- (1952). *Obras completas V*. Madrid: Afrodísio Aguado.
- (1999). *Paz en la guerra*. Madrid: Cátedra.
- (2005). *Vida de Don Quijote y Sancho*. Madrid: Alianza Editorial.



Datos de la autora

Cristiane Agnes Stolet Correia se graduó en “Letras” Portugués-Español en la “Universidade Federal do Rio de Janeiro”, es maestra en “Ciência da Literatura” por la “Universidade Federal do Rio de Janeiro” y actualmente cursa el Doctorado, también en “Ciência da Literatura” en la misma universidad. Trabaja como profesora en la educación secundaria y superior, con Lengua Portuguesa y Literaturas Hispánicas.